

que siente soledades marismeñas,  
 nacido de una almendra perdida en el camino  
 por el guión de un bando de cigüeñas.  
 Todo el ancho paisaje es un arcón abierto  
 del alma labradora: las sayas de palmita,  
 los vivos faldellines en concierto,  
 el delantal rayado, la clásica mantilla,  
 las medias listeadas, el camisón crudillo,  
 el gran mantón de bodas alombrado,  
 la reja y celosía del justillo  
 y el lote de pañuclos, cuál liso, cuál bordado.  
 No todo el campo viste la ascética estameña.  
 Junto al sayal oscuro de los hoscos barbechos  
 cuajados de cohombrosillos—anuncio, santo y seña  
 de panes apretados—, clarean los rastrojos;  
 los tallos de sus cañas, todavía derechos  
 con nostalgia de espigas en los ojos.  
 Más allá, rosiclères de núbiles mejillas  
 en la faz de los pálidos calares  
 y encaje de sarmientos—veletes y mantillas—,  
 encubriendo las cepas como lunares.  
 Y el gris de los baldíos—los liegos—, en espera,  
 como un paciente fraile jerónimo exhaustado,  
 que las meditaciones de su moltera  
 un día fecundice la reja del arado.  
 Y el perlado salitre, laguna evaporada  
 a quien la luna roba el húmedo tesoro  
 para tejerle velos a la noche estrellada  
 de donde lluevan juntos la esmeralda y el oro.  
 Y el verde verdinegro de las encinas,  
 aquí y allá plantadas,  
 centinelas en ruínas  
 de calendas doradas  
 sin espantable horror de culebrinas.  
 Y el verde plateado de olivos molilones,  
 —parodia de pomposos olivos andaluces—  
 que, en vez del fino aceite que gustan los glotonés,  
 destilan el santolío de las consagraciones  
 y la llama de amor de las votivas luces.  
 Y el ocre del yesar, y el de la peña  
 pulida por el viento, y el de la villa toda  
 en cabezal de adobes dormida, en tanto sueña  
 al son de la campana que anuncia muerte o boda.  
 Y el blanco de las bardas  
 en las enjalbegadas quinterías,  
 esquelas que de tejos—más que en lenguas en días—,  
 sobre las tierras pardas,  
 se escriben a las novias desde las gañanías.  
 Y el violeta que el sol pinta en la loma,  
 donde agita sus alas en perpetuo monólogo  
 el molino de vela, señuelo de patoma  
 lucado con un negro caprote de astrólogo.  
 ¡Y, en el cielo, el azul! (El cielo es del paisaje),  
 El azul mariano donde se funde el hielo  
 que a la noche, en las fuentes, cuecga raudas de encaje  
 y azogu los remansos del tímido arroyuelo:  
 un regajo que yace.